

Visita  
al territorio de

# José E. Aguualusa

—  
Teoría general  
del olvido

—  
José Eduardo Aguualusa



novela  Edhasa

## Nota previa

Ludovica Fernandes Mano falleció en Luanda, en la clínica Sagrada Esperanza, en las primeras horas del día 5 de octubre de 2010. Tenía ochenta y cinco años. Sabalu Estevão Capitango me ofreció copias de diez cuadernos en los cuales Ludo había ido escribiendo su diario durante los primeros años de los veintiocho en que se mantuvo enclaustrada. Asimismo tuve acceso a los diarios posteriores a su rescate e incluso a una vasta colección de fotografías del artista plástico Sacramento Neto (Sakro) sobre los textos y dibujos en carbón de Ludo en las paredes del apartamento. Los diarios, poemas y reflexiones de Ludo me ayudaron a reconstruir el drama que vivió. Me ayudaron, creo, a comprenderla. En las páginas que siguen aprovecho muchos de sus testimonios. Aun así, lo que van a leer es ficción. Pura ficción.

## Nuestro cielo es vuestro suelo

A Ludovica nunca le gustó enfrentarse al cielo. Desde niña, ya la atormentaba el horror a los espacios abiertos. Al salir de casa se sentía frágil y vulnerable, como una tortuga a la que le hubieran arrancado el caparazón. De muy pequeña, de seis o siete años, se negaba a ir a la escuela sin la protección de un paraguas negro, enorme, fuera cual fuese el estado del tiempo. Ni la irritación de los padres, ni las bromas crueles de los otros niños la disuadían. Más tarde mejoró. Hasta que ocurrió aquello que ella llamaba «El accidente» y empezó a ver ese pavor primordial como una premonición.

Después de la muerte de sus padres se fue a vivir a la casa de su hermana. Raramente salía. Ganaba algún dinero dando clases de portugués a adolescentes aburridos. Además de eso, leía, bordaba, tocaba el piano, veía la televisión, cocinaba. Al anochecer, se acercaba a la ventana y miraba la oscuridad como quien se asoma a un abismo. Odete sacudía la cabeza, fastidiada:

—¿Qué pasa, Ludo? ¿Tienes miedo de caerte entre las estrellas?

Odete daba clases de inglés y alemán en el liceo. Amaba a su hermana. Evitaba viajar para no dejarla sola. Pasaba las vacaciones en casa. Algunos amigos elogiaban su altruismo. Otros le criticaban la excesiva indulgencia. Ludo no se imaginaba viviendo sola. La inquietaba, sin embargo, haberse convertido en un peso. Pensaba en las dos como gemelas siamesas, prendidas por el ombligo. Ella, paralítica, casi muerta, y la otra, Odete, obligada a arrastrarla por todas partes. Se sintió feliz, se sintió aterrorizada,

cuando la hermana se enamoró de un ingeniero de minas. Se llamaba Orlando. Viudo, sin hijos. Había ido a Aveiro a resolver una compleja cuestión de herencias. Angoleño, natural de Catete, vivía entre la capital de Angola y Dundo, pequeña ciudad administrada por la compañía de diamantes para la cual trabajaba. Dos semanas después de haberse conocido por casualidad en una confitería, Orlando le pidió casamiento a Odete. Anticipando un rechazo, conociendo las razones de Odete, insistió en que Ludo fuera a vivir con ellos. Al mes siguiente estaban instalados en un apartamento inmenso, en el último piso de uno de los edificios más lujosos de Luanda. El llamado Edificio de los Envidiados.

El viaje fue difícil para Ludo. Salió aturdida de la casa, bajo el efecto de calmantes, gimiendo y protestando. Durmió durante todo el vuelo. A la mañana siguiente, se despertó para una rutina semejante a la anterior. Orlando poseía una biblioteca valiosa, millares de títulos en portugués, francés, español, inglés y alemán, entre los cuales estaban casi todos los grandes clásicos de la literatura universal. Ludo dispuso de más libros, aunque de menos tiempo, pues insistió en prescindir de las dos empleadas y la cocinera, ocupándose sola de las tareas domésticas.

Una tarde, el ingeniero apareció en la casa sosteniendo cuidadosamente una caja de cartón. Se la entregó a su cuñada:

—Es para usted, Ludovica. Para que le haga compañía. Usted pasa demasiado tiempo sola.

Ludo abrió la caja. Dentro, mirándola asustado, encontró un cachorrito blanco, recién nacido.

—Macho. Pastor alemán —aclaró Orlando—: Crecen deprisa. Este es albino, un tanto raro. No debe tomar mucho sol. ¿Cómo va a llamarlo?

Ludo no dudó:

—¡Fantasma!

—¿Fantasma?

—Sí, parece un fantasma. Así, todo blanquito.

Orlando encogió los hombros huesudos:

—Muy bien. Será Fantasma.

Una elegante y anacrónica escalera de hierro forjado subía, en una espiral apretada, desde la sala de visitas hasta la terraza. A partir de allí, la

mirada abarcaba buena parte de la ciudad, la bahía, la Isla y, al fondo, un largo collar de playas abandonado entre el encaje de las olas. Orlando había aprovechado el espacio para construir un jardín. Una pérgola de buganvillas lanzaba sobre el suelo de ladrillo en bruto una perfumada sombra lila. En unos de los rincones crecía un granado y varios bananos. A las visitas les extrañaba:

—¿Bananas, Orlando? ¿Esto es un jardín o una huerta?

El ingeniero se irritaba. Los bananos le recordaban la huerta cercada por muros de adobe donde había jugado de niño. Si por él hubiera sido, habría plantado también mangos, nísperos, innumerables pies de papaya. Allí era donde se sentaba al regresar de la oficina, con un vaso de whisky al alcance de la mano, un cigarrillo negro encendido en los labios, viendo cómo la noche conquistaba la ciudad. Fantasma lo acompañaba. También el perrito amaba la terraza. Ludo, por el contrario, se negaba a subir. Los primeros meses no se atrevía siquiera a acercarse a las ventanas.

—El cielo de África es mucho más grande que el nuestro —le explicó a su hermana—. Nos aplasta.

Una soleada mañana de abril, Odete volvió del Uceo para almorzar, excitada y asustada. Había estallado una confusión en la metrópolis. Orlando estaba en Dundo. Llegó esa noche. Se encerró en el cuarto con su mujer. Ludo los oyó discutir. Ella quería abandonar Angola lo más rápido posible:

—Los terroristas, querido, los terroristas...

—¿Terroristas? No vuelvas a usar esa palabra en mi casa. —Orlando nunca gritaba. Susurraba en un tono áspero, el filo de la voz apoyándose como una navaja en la garganta de los interlocutores—: Tales terroristas combatieron por la libertad de mi país. Soy angoleño. No me iré.

Transcurrieron días agitados. Manifestaciones, huelgas, asambleas. Ludo cerraba las ventanas para evitar que el apartamento se llenara de las carcajadas del pueblo en las calles, estallando en el aire como fuegos de artificio. Orlando, hijo de un comerciante de Minho establecido en Catete a principios de siglo y de una luandense mestiza, fallecida durante el parto, nunca había cultivado relaciones familiares. Uno de los primos, Vitorino Gavião, apareció por aquellos días. Había vivido cinco meses en París,

bebiendo, cortejando, conspirando, escribiendo poemas en servilletas de papel, en los bistrós frecuentados por exiliados portugueses y africanos, y así había conseguido un aura de revolucionario romántico. Entraba en la casa como una tempestad, desorganizando los libros en los estantes, los vasos en la cristalera, y enervando a Fantasma. El perrito lo perseguía, a una distancia segura, ladrando y gruñendo.

—¡Los camaradas quieren hablar contigo, hombre! —gritaba Vitorino, lanzando un puñetazo contra el hombro de Orlando—. Estamos negociando un gobierno provisorio. Necesitamos gente para los cuadros. Tú eres bueno para estar en los cuadros.

—Puede ser —admitía Orlando—, aunque cuadros, tenemos. Lo que nos falta es tiza.

Dudaba. Sí, iba murmurando, la patria podía contar con la experiencia que había acumulado. Temía, con todo, las corrientes más extremistas en el seno del movimiento. Comprendía la necesidad de mayor justicia social, pero los comunistas, amenazando con nacionalizar todo, lo asustaban. Expropiar la propiedad privada. Expulsar a los blancos. Partir los dientes a la pequeña burguesía. Él, Orlando, se enorgullecía de su sonrisa perfecta, no quería usar dentadura postiza. El primo se reía, atribuía los excesos de lenguaje a la euforia del momento, elogiaba el whisky y se servía más. Aquel primo de cabellera crespa, redonda, a lo Jimi Hendrix, camisa floreada abierta sobre el pecho sudado, asustaba a las hermanas.

—¡Habla como un negro! —lo acusaba Odete—. Además, huele a catanga. Siempre que viene aquí apesta toda la casa.

Orlando se enfurecía. Salía golpeando la puerta. Regresaba al final de la tarde, más seco, más agudo, un hombre muy emparentado con los espinos. Subía a la terraza en compañía de Fantasma, de un paquete de cigarrillos, de una botella de whisky, y se quedaba allí. Volvía a entrar con la noche, cargando oscuridades, un fuerte olor a alcohol y a tabaco. Se tropezaba empujando los muebles, susurrando ásperamente contra la puta vida.

Los primeros tiros marcaron el inicio de las grandes fiestas de despedida. Los jóvenes morían en las calles agitando banderas y, mientras tanto, los colonos bailaban. Rita, la vecina del piso de al lado, cambió

Luanda por Río de Janeiro. La última noche invitó a doscientos amigos a una cena que se prolongó hasta el alba.

—Lo que no logremos beber, se lo dejamos —dijo, mostrando a Orlando la despensa donde se amontonaban cajas con botellas de los mejores vinos portugueses—. Bébanlas. Lo importante es que no quede ninguna para que festejen los comunistas.

Tres meses más tarde el edificio estaba casi vacío. En contrapartida, Ludo no sabía dónde colocar tantas botellas de vino, cajones de cerveza, comida enlatada, jamones, trozos de bacalao, kilos de sal, de azúcar y de harina, además de un sinfín de productos de limpieza e higiene. Orlando había recibido de un amigo, coleccionista de coches deportivos, un Chevrolet Corvette y un Alfa Romeo GTA. Otro le había entregado las llaves de su apartamento.

—Nunca tuve suerte —se quejaba Orlando a las dos hermanas, y era difícil comprender si ironizaba o hablaba en serio—. Justo ahora que empecé a coleccionar coches y casas, aparecen los comunistas queriendo quitármelo todo.

Ludo encendía la radio y la revolución entraba en la casa: «El poder popular es la causa de esta confusión», repetía uno de los cantantes más populares del momento. «Eh, hermano», cantaba otro, «ama a tu hermano / no mires su color / ve en él solamente un angoleño. / Con el pueblo de Angola unido / la independencia llegará». Algunas melodías no coincidían con las letras. Parecían robadas de canciones de otra época, baladas tristes como la luz de un crepúsculo antiguo. Acechando en las ventanas, medio oculta tras las cortinas, Ludo veía pasar camiones cargados de hombres. Unos alzaban banderas. Otros, pancartas con palabras de orden:

*¡Independencia total!*

*¡Basta de 500 años de opresión colonial!*

*¡Queremos el Futuro!*

Las reivindicaciones estaban entre signos de exclamación. Los signos de exclamación se confundían con las catanas que cargaban los manifestantes. Las catanas también brillaban en las banderas y en las pancartas. Algunos

hombres cargaban una en cada mano. Las alzaban. Golpeaban las hojas unas contra otras, en un alarido lúgubre.

Una noche, Ludo soñó que por debajo de las calles de la ciudad, bajo los respetables caserones de la zona baja, se extendía una interminable red de túneles. Las raíces de los árboles descendían, sueltas, a través de las bóvedas. Millares de personas vivían en los subterráneos, sumergidas en el barro y en la oscuridad, alimentándose de aquello que la burguesía colonial lanzaba por los desagües. Ludo caminó por entre la turba. Los hombres agitaban catanas. Golpeaban las hojas unas contra otras y el ruido resonaba por los túneles. Uno de ellos se acercó, pegó su rostro sucio al de la portuguesa, y sonrió. Le sopló al oído, con una voz grave y dulce:

—Nuestro cielo es vuestro suelo.

## Arrullo para una pequeña muerte

Odete insistía en que abandonaran Angola. El marido, en respuesta, murmuraba palabras ásperas. Ellas podían irse. Los colonos debían embarcar. Nadie los quería allí. Un ciclo que se había cumplido. Comenzaba un tiempo nuevo. Hubiera sol o temporal, ni la luz futura, ni los huracanes por desatarse iluminarían o fustigarían a los portugueses. El ingeniero se iba enfureciendo a medida que susurraba. Podía enumerar durante horas los crímenes cometidos contra los africanos, los errores, las injusticias, los impudores, hasta que la esposa desistía y se encerraba a llorar en el cuarto de huéspedes. Fue una enorme sorpresa cuando Orlando llegó a casa, dos días antes de la Independencia, y anunció que la semana siguiente estarían en Lisboa. Odete abrió mucho los ojos:

—¿Por qué?

Orlando se sentó en uno de los sillones de la sala de visitas. Se arrancó la corbata, se desabotonó la camisa y, por fin, con un gesto extraño en él, se sacó los zapatos y asentó los pies en la mesita de apoyo:

—Porque podemos. Ahora podemos partir.

A la noche siguiente la pareja salió para una fiesta más de despedida. Ludo los esperó leyendo, tejiendo, hasta las dos de la mañana. Se fue a acostar inquieta. Durmió mal. Se levantó a las siete, se puso una bata, llamó a su hermana. Nadie le respondió. Tuvo la certeza de que había ocurrido una tragedia. Esperó una hora más antes de buscar la agenda telefónica. Llamó primero a los Nunes, la pareja que había organizado la fiesta la noche anterior. La atendió uno de los empleados. La familia había salido

para el aeropuerto. El señor ingeniero y la esposa habían estado en la fiesta, sí, pero por poco tiempo. Él nunca había visto al señor ingeniero tan bien dispuesto. Ludo le dio las gracias y colgó. Volvió a abrir la agenda. Odete había garabateado, en tinta roja, los nombres de los amigos que habían abandonado Luanda. Quedaban pocos. Sólo tres respondieron y ninguno sabía nada. Uno de ellos, profesor de matemáticas en el liceo Salvador Correia, prometió telefonar a un policía amigo. Llamaría en cuanto consiguiera alguna información.

Pasaron horas. Comenzó un tiroteo. Primero, disparos aislados, y después el crepitar intenso de decenas de armas automáticas. Sonó el teléfono. Un hombre que le pareció aún joven, con acento lisboeta, de buena familia, preguntó si podía hablar con la hermana de la doctora Odete.

—¿Qué ha ocurrido?

—Calma, señora mía, sólo queremos el maíz.

—¡¿El maíz?!

—Usted ya me entiende. Entréguenos las piedras y le doy mi palabra de honor de que la dejaremos en paz. Nada le ocurrirá. Ni a usted ni a su hermana. Si quieren, regresan las dos a la metrópolis en el próximo avión.

—¿Qué le hicieron a Odete y a mi cuñado?

—El viejo se portó de forma irresponsable. Hay personas que confunden estupidez con coraje. Soy oficial del ejército portugués, no me gusta que intenten engañarme.

—¿Qué le hicieron? ¿Qué le hicieron a mi hermana?

—Nos queda poco tiempo. Esto puede resolverse bien o mal.

—No sé qué pretende, se lo juro, no sé...

—¿Quiere volver a ver a su hermana? Quédese quietecita en casa, no intente avisar a nadie. Cuando la situación se calme un poco, pasaremos por su casa para buscar las piedras. Usted nos entrega la encomienda y liberamos a la señora Odete.

Dijo eso y colgó. Se había hecho de noche. Los proyectiles rayaban el cielo. Las explosiones sacudían los vidrios. Fantasma se había escondido detrás de uno de los sofás. Gemía bajito. Ludo sintió un mareo, una náusea. Corrió hasta el cuarto de baño y vomitó en el inodoro. Se sentó en el suelo temblando. Apenas recuperó las fuerzas, se dirigió al escritorio de Orlando,

donde sólo entraba cada cinco días para barrer el piso y limpiar el polvo. El ingeniero mostraba mucho orgullo por su escritorio, un mueble solemne, frágil, que le había vendido un anticuario portugués. La mujer intentó abrir el primer cajón. No lo consiguió. Fue a buscar un martillo y lo partió con tres golpes furiosos. Encontró una revista pornográfica. La apartó, enojada, descubriendo, debajo, un manojo de billetes de cien dólares y una pistola. Sostuvo el arma con ambas manos. Sintió el peso. La acarició. Era con aquello que los hombres se mataban. Un instrumento denso, oscuro, casi vivo. Dio vueltas por la casa. No encontró nada. Finalmente, se tendió en uno de los sofás de la sala de visitas y se durmió. Despertó con sobresalto. Fantasma le tiraba de la falda. Gruñía. Una brisa llegada del mar alzaba suavemente las finas cortinas de encaje. Las estrellas flotaban en el vacío. El silencio ampliaba la oscuridad. Un rumor de voces subía desde el corredor. Ludo se levantó. Caminó descalza hasta la puerta de entrada y acechó por la mirilla. Fuera, junto a los ascensores, tres hombres discutían en voz baja. Uno de ellos apuntó hacia ella —hacia la puerta— con un pie de cabra:

—Un perro, estoy seguro. Oí ladrar a un perro.

—¿Cómo, Minguito?! —lo criticó un sujeto seco, minúsculo, vestido con una chaqueta militar excesivamente ancha y larga—. No hay nadie aquí. Los colonos se rajaron. Vamos. Tira abajo esa mierda.

Minguito avanzó. Ludo retrocedió. Oyó el golpe y, sin reflexionar, lo devolvió. Un golpe brutal en la madera, que la dejó sin aliento. Silencio. Un grito:

—¿Quién está ahí?

—Váyanse.

Risas. La misma voz:

—¡Quedó una! ¿Cómo es la cosa, mamá, se olvidaron de usted?

—Váyanse, por favor.

—Abre la puerta, mamá. Sólo queremos lo que nos pertenece. Ustedes nos robaron durante quinientos años. Venimos a buscar lo que es nuestro.

—Tengo un arma. Nadie entra.

—Señora, cálmese. Usted nos da las joyas, algún dinero, y nosotros nos vamos. También nosotros tenemos madres.

—No. No voy a abrir.

—Ok. Minguito, tira eso abajo.

Ludo corrió al escritorio de Orlando. Agarró la pistola, avanzó, la apuntó hacia la puerta de entrada y apretó el gatillo. Recordaría el momento del disparo día tras día durante los treinta y cinco años que siguieron. El estruendo, el ligero salto del arma. El breve dolor en la muñeca.

¿Cómo habría sido su vida sin aquel instante?

—Ay, sangre. Mamá, usted me mató.

—¡Trinitá! Compañero, ¿estás herido?

—Rajen, rajen...

Tiros en la calle, muy cerca. Los tiros atraen tiros. Suéltese una bala en el cielo y enseguida decenas de otras se juntarán a ella. En un país en estado de guerra basta con un estampido. El escape deficiente de un coche. Un cohete. Cualquier cosa. Ludo se acercó a la puerta. Vio el orificio abierto por la bala. Apoyó el oído en la madera. Escuchó el jadeo sordo del herido:

—Agua, mamá. Ayúdeme.

—No puedo. No puedo.

—Por favor, señora. Me estoy muriendo.

La mujer abrió la puerta, temblando mucho, sin soltar la pistola. El asaltante estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared. De no ser por la barba espesa, muy negra, parecería una criatura. Rostro pequeño, sudado, ojos grandes que la miraban sin rencor:

—Tanta mala suerte, tanta mala suerte, no voy a ver la Independencia.

—Disculpe, fue sin querer.

—Agua, tengo muchísima sed.

Ludo lanzó una mirada asustada hacia el corredor.

—Entre. No lo puedo dejar aquí.

El hombre se arrastró hacia dentro, gimiendo. Su sombra continuó apoyada en la pared. Una noche desprendiéndose de otra. Ludo pisó aquella sombra con los pies desnudos y se resbaló.

—¡Mi Dios!

—Disculpe, abuela. Estoy ensuciando la casa.

Ludo cerró la puerta. La atrancó. Se dirigió a la cocina, busco agua fresca en la nevera, llenó un vaso y regresó a la sala. El hombre bebió con

voracidad:

—Lo que en realidad necesitaría es un poquito de aire fresco.

—Debería llamar a un médico.

—No vale la pena. Me matarían igual. Canta una canción, abuela.

—¿Cómo?

—Canta. Canta para mí una canción suave como guata.

Ludo pensó en su padre, canturreando viejas cantigas cariocas para dormirla. Posó la pistola en el suelo, se arrodilló, agarró entre las suyas las minúsculas manos del asaltante, acercó la boca a su oído y cantó.

Cantó durante mucho tiempo.

En cuanto la primera luz despertó a la casa, Ludo tomó coraje, tomó al muerto en brazos, sin mucho esfuerzo, y lo llevó a la terraza. Fue a buscar una pala. Abrió una fosa estrecha en uno de los canteros, entre rosas amarillas.

Meses antes, Orlando había comenzado a construir en la terraza una pequeña piscina. La guerra había interrumpido las obras. Los obreros habían dejado bolsas de cemento, arena, ladrillos, apoyados contra los muros. La mujer arrastró algo del material hacia abajo. Destrabó la puerta de entrada. Salió. Comenzó a levantar una pared en el corredor, separando el piso del resto del edificio. Le llevó la mañana entera. Le llevó toda la tarde. Sólo cuando la pared quedó lista, después de alisar el cemento, sintió hambre y sed. Se sentó en la mesa de la cocina, calentó una sopa y comió despacio. Le dio un resto de pollo asado al perro:

—Ahora somos solo tú y yo.

—El animal le lamió las manos.

Junto a la puerta de entrada, la sangre se había secado formando una mancha oscura. Marcas de pies salían de allí camino a la cocina. Fantasma las lamió. Ludo lo apartó. Fue a buscar un balde con agua, jabón, una escoba, y limpió todo. Tomó una ducha caliente. Al salir de la bañera, sonó el teléfono.

—Las cosas se complicaron. No pudimos pasar ayer para buscar el material. Iremos en un rato.

Ludo colgó sin responder. El teléfono volvió a sonar. Se calmó un instante, pero apenas la mujer le dio la espalda, reiteró el griterío, nervioso,

exigiendo su atención. Fantasma vino de la cocina. Se puso a correr en círculos, ladrando feroz a cada campanilleo. Súbitamente saltó sobre la mesa derribando el aparato. La caída fue violenta. Ludo sacudió la caja negra. Adentro se había soltado algo. Sonrió:

—Gracias, Fantasma. Creo que no nos molestará más.

Fuera, en la noche convulsa, explotaban cohetes y morteros. Los coches tocaban bocina. Acechando por la ventana, la portuguesa vio la multitud que avanzaba a lo largo de las calles. Llenaba las plazas con una euforia urgente y desesperada. Se encerró en el cuarto. Se estiró en la cama. Hundió el rostro en la almohada. Intentó imaginarse muy lejos de allí, en la seguridad de su antigua casa, en Aveiro, mirando películas antiguas en la televisión mientras saboreaba té y mordía tostadas. No lo logró.

## Soldados sin suerte

Los dos hombres se esforzaban por disimular el nerviosismo. Usaban barba rala, cabello largo y desgreñado. Vestían camisas coloridas, pantalones acampanados y botas militares. Benjamín, el más joven, silbaba alto mientras conducía el coche. Jeremías, el Carrasco<sup>[1]</sup>, iba al lado, mordiendo un cigarro. Se cruzaron con camionetas de caja abierta que transportaban a soldados. Los muchachos los señalaban, adormecidos, haciendo con los dedos la V de la victoria. Los dos hombres respondían del mismo modo:

—¡Cubanos! —gruñó Jeremías—. Malditos comunistas.

Aparcaron frente al Edificio de los Envidiados y salieron.

Un mendigo los paró en la entrada:

—Buen día, camaradas.

—¡¿Qué quieres, papi?! —lo reprendió Jeremías—: ¿Vienes a pedir dinero a los blancos? Esa época se terminó. En la Angola independiente, en la trinchera firme del socialismo en África, no existe lugar para los pedigüños. A los pedigüños se les corta la cabeza.

Lo apartó de un empujón y entró al edificio. Benjamín lo siguió. Llamaron el ascensor y subieron hasta el undécimo piso. Se detuvieron, sorprendidos, frente a la pared recién levantada:

—¡¿Qué diablos?! Este país enloqueció.

—¿Será aquí? ¿Estás seguro?

—¿Si estoy seguro? —Jeremías sonrió. Señaló la puerta de enfrente—: Allí, en el décimo primero E, vivía Ritina, las mejores piernas de Luanda. El trasero más bello. Tuviste suerte de no haber conocido a Ritina. Quien la

conoció nunca más podrá mirar a otra mujer sin experimentar un vago sentimiento de desilusión y amargura. Como el cielo de África. Si me obligaran a irme de aquí, Santo Dios, ¿adonde iría?

—Comprendo, mi capitán. ¿Qué hacemos?

—Vamos a buscar un pico y rompemos la pared.

Volvieron a entrar en el ascensor y bajaron. El mendigo los esperaba, acompañado por cinco hombres armados:

—Son éstos, camarada Monte.

El hombre llamado Monte avanzó. Se dirigió a Jeremías con una voz segura, poderosa, que contrastaba con la exigüidad del cuerpo:

—¿Le molesta levantarse la manga de la camisa, camarada? Sí, la manga del brazo derecho. Quiero ver la muñeca...

—¿Y por qué haría eso?

Porque se lo estoy pidiendo con una delicadeza de perfumista.

Jeremías soltó una carcajada. Alzó la manga de la camisa revelando un tatuaje: *Audaces Fortuna Juvat*.

—¿Quería ver esto?

—Nada más, capitán. Parece que su suerte se terminó. También es verdad que dos blancos saliendo a la calle en estos días agitados, calzando botas de la tropa portuguesa, me parece excesiva audacia.

Se volvió hacia los dos hombres armados y les ordenó que fueran a buscar una cuerda y amarraran a los mercenarios. Les ataron las manos detrás de la espalda y los empujaron al interior de un Toyota Corolla, un vehículo en muy mal estado. Uno de los hombres se sentó en el lugar del acompañante. Monte, al volante. Los restantes siguieron tras ellos en un *jeep* militar. Benjamín hundió el rostro en las rodillas, sin lograr controlar el llanto. Jeremías lo empujó con el hombro, incomodado:

—Cálmate. Eres un soldado portugués.

Monte intervino:

—Deje al pequeño tranquilo. No deberían haberlo traído. En cuanto a usted, no es más que un prostituto a sueldo del imperialismo americano. Debería tener vergüenza.

—¿Y los cubanos?, ¿ésos no son mercenarios?

—Los compañeros cubanos no vinieron hasta Angola por dinero. Vinieron por convicciones.

—Yo me quedé en Angola por convicciones. Combato por la civilización occidental, contra el imperialismo soviético. Combato por la supervivencia de Portugal.

—Patrañas. Yo no creo en eso. Tú no crees en eso, tu madre no cree en eso. A propósito, ¿qué diablos estabas haciendo en el edificio de Rita?

—¿Conoce a Rita?!

—¿Rita Costa Reis? ¿Ritita? Grandes piernas. Las mejores piernas de Luanda.

Conversaron alegremente sobre las mujeres angoleñas. Jeremías apreciaba a las luandensas. Con todo, agregó, ninguna mujer del mundo igualaba en sabor y sinsabor a las mulatas bengalíes. Monte recordó entonces a Riquita Bauleth, nacida en el seno de una de las familias más antiguas de Mossâmedes, electa Miss Portugal en 1971. Jeremías capituló. Riquita, sí, daría la vida por despertar una mañana a la luz de aquellos ojos negros. El hombre sentado al lado de Monte interrumpió la conversación:

—Es aquí, comandante. Llegamos.

La ciudad había quedado atrás. Un muro alto dividía un descampado. Baobabs al fondo y después un horizonte azul, sin mácula. Salieron del coche. Monte desató a los dos mercenarios. Se enderezó:

—Capitán Jeremías Carrasco. Supongo que Carrasco es un apodo. Usted está acusado de atrocidades sin fin. Torturó y asesinó a decenas de nacionalistas angoleños. A algunos de nuestros camaradas les gustaría verlo en un tribunal. Yo creo que no debemos perder tiempo con juicios. El pueblo ya lo condenó.

Jeremías sonrió:

—¿El pueblo? Patrañas. Yo no creo en eso, usted no cree en eso, su madre no cree en eso. Déjenos ir y le entrego una mano llena de diamantes. Buenas piedras. Usted podrá irse de este país y rehacer su vida en cualquier otro lugar. Tendrá las mujeres que quiera.

—Gracias. No pretendo irme, y la única mujer que quiero está en mi casa. Que tenga buen viaje, y diviértase allá adonde va.

Monte regresó al coche. Los soldados empujaron a los portugueses hasta el muro. Se apartaron algunos metros. Uno de ellos sacó una pistola de la cintura y, con un gesto casi distraído, casi de aburrimiento, apuntó y disparó tres veces. Jeremías Carrasco quedó tendido de espaldas. Vio aves volando en el cielo alto. Reparó en una inscripción, en tinta roja, en el muro manchado de sangre, picado de balas:

*El luto continúa.*

## La sustancia del miedo

*Siento miedo de lo que está más allá de las ventanas, del aire que entra a chorros y de los ruidos que trae. Temo a los mosquitos, la miríada de insectos a los cuales no sé dar nombre. Soy extranjera a todo, como un ave caída en la corriente de un río.*

*No comprendo las lenguas que me llegan de allí fuera, que la radio trae dentro de casa, no comprendo lo que dicen, ni siquiera cuando parecen hablar portugués, porque ese portugués que hablan ya no es el mío.*

*Hasta la luz me es extraña.*

*Un exceso de luz.*

*Ciertos colores que no deberían ocurrir en un cielo saludable.*

*Estoy más cerca de mi perro que de las personas allí fuera.*

## Después del fin

Después del fin, el tiempo se desaceleró. Por lo menos fue ésa la percepción de Ludo. El 23 de febrero de 1976 escribió en el primero de los diarios:

*Hoy no ocurrió nada. Dormí. Durmiendo, soñé que dormía.*

*Arboles, animales, una profusión de insectos compartían sus sueños conmigo. Allí estábamos todos, soñando en coro, como una multitud, en un cuarto minúsculo, intercambiando ideas y olores y caricias. Me acuerdo de que fui una araña avanzando contra la presa y la mosca presa en la tela de esa araña. Me sentí flores brotando al sol, brisas cargando pólenes. Me desperté y estaba sola. Si, durmiendo, soñamos dormir, ¿podemos, despiertos, despertar dentro de una realidad más lúcida?*

Una mañana, se levantó, abrió una espita y el agua no salió. Se asustó. Por primera vez se le ocurrió que podría permanecer largos años encerrada en aquel apartamento. Hizo un inventario de lo que había en la despensa. No necesitaría preocuparse de la sal. También encontró harina para varios meses, así como bolsas y bolsas de frijoles, paquetes de azúcar, cajones de vino y de gaseosas, decenas de latas de sardinas, de atún y de salchichas.

Esa noche llovió. Ludo abrió un paraguas y subió a la terraza, arrastrando baldes, palanganas y botellas vacías. Por la mañana temprano cortó las buganvillas y las flores ornamentales. Colocó una mano llena de semillas de limón en el cantero donde había enterrado al minúsculo

asaltante. En otros cuatro sembró maíz y frijoles. En otros cinco plantó las últimas patatas que le quedaban. Una de las bananeras cargaba un enorme racimo. Sacó algunas bananas y las llevó a la cocina. Se las mostró a Fantasma:

—¿Ves? Orlando plantó las bananeras para que produjeran recuerdos. A nosotros va a matarnos el hambre. O mejor, a mí me va a matar el hambre, supongo que tú no aprecias las bananas.

Al día siguiente el agua retornó a las espitas. De allí en adelante faltaría con frecuencia, así como la electricidad, hasta desaparecer del todo. En las primeras semanas, la incomodaban más los apagones que los cortes de agua. Le hacía falta la radio. Le gustaba oír el noticiero internacional de la BBC y de Radio Difusão Portuguesa. Escuchaba también las estaciones angoleñas, aunque la irritaban los constantes discursos contra el colonialismo, el neocolonialismo y las fuerzas de reacción. La radio era un aparato magnífico, con caja de madera, estilo *art déco* y teclas de marfil. Se apretaba una de las teclas y se iluminaba como una ciudad. Ludo giraba los botones en busca de voces. Le llegaban frases sueltas en francés, inglés o en alguna oscura lengua africana:

*... Israeli commandos rescue airliner hostages at Entebe...*

*... Mao Tse Tung est mort...*

*... Combattants de l'indépendance aujourd'hui victorieuse...*

*... Nzambe azali bolingo mpe atonda na boboto...*

Además de eso tenía un tocadiscos. Orlando coleccionaba LPs de la canción francesa. Jacques Brel, Charles Aznavour, Serge Reggiani, Georges Brassens, Léo Ferré. La portuguesa escuchaba a Brel mientras el mar se tragaba la luz. La ciudad se adormecía y ella olvidaba nombres. Un rincón de sol ardía todavía. Y la noche, poco a poco, y el tiempo alejándose sin rumbo. El cuerpo fatigado y la noche de azul en azul. El cansancio comprimiéndole los riñones. Ella suponíéndose reina, creyendo que alguien en algún lado la esperaría como se espera a una reina. Pero no había nadie, en ningún lugar del mundo, esperando por ella. La ciudad adormeciéndose

y los pájaros como olas, y las olas como aves, y las mujeres como mujeres, y ella nada segura de que fueran las mujeres el futuro del Hombre<sup>[2]</sup>.

Una tarde la despertó un griterío alborozado de voces. Se levantó con pánico, imaginando que iban a invadirle la casa. La sala de visitas daba al apartamento de Rita Costa Reis. Pegó el oído a la pared. Dos mujeres, un hombre, varios niños. La voz del hombre era amplia, sedosa, muy agradable. Hablaban entre ellos en una de esas lenguas melódicas y enigmáticas que a veces le traía la radio. Una u otra palabra se soltaba del conjunto y quedaba a los saltos, como una pelota de colores, yendo y viniendo en el interior de su cerebro:

—*Bolingô. Bisô. Matondi.*

El Edificio de los Envidiados se fue animando con la aparición de nuevos residentes. Gente llegada de los suburbios, campesinos recién llegados a la ciudad, angoleños regresados del vecino Zaire y legítimos zaireños. Ninguno habituado a vivir en edificios de pisos. Una madrugada, muy temprano, Ludo espió por la ventana del cuarto y se topó con una mujer orinando en el balcón del décimo A. En el balcón del décimo D, cinco gallinas miraban el nacimiento del sol. La parte trasera del edificio daba hacia un extenso parque que, pocos meses antes, todavía servía de playa de estacionamiento. Construcciones altas, a un lado y al frente, cerraban el espacio. Una flora variada se precipitaba por toda la extensión. El agua emergía de algún abismo, en el centro, y corría suelta, hasta morir entre los montículos de basura y barro junto a las paredes de los edificios. En aquel lugar se desperezaba en otros tiempos una laguna. A Orlando le gustaba recordar los años treinta, él, un niño, cuando iba a jugar con los amigos en el pasto alto. Encontraban osamentas de cocodrilos e hipopótamos. Calaveras de leones.

Ludo fue testigo de la resurrección de la laguna. Vio, incluso, el regreso de los hipopótamos (seamos objetivos: de un hipopótamo). Eso sucedió muchos años después. Ya llegaremos. En los meses que siguieron a la Independencia, la mujer y el perro compartieron atún y sardinas, salchichas y chorizos. Agotadas las latas, empezaron a comer sopas de frijoles y de arroz. A esas alturas, ya pasaban días enteros sin energía eléctrica. Ludo comenzó a hacer pequeñas fogatas en la cocina. Primero, quemó los

cajones, papeles sin uso, las ramas secas de la buganvilla. A continuación, los muebles inútiles. Al retirar los travesaños de la cama de la pareja descubrió debajo del colchón una bolsita de cuero. La abrió y, sin sorpresa, vio decenas de pequeñas piedras que rodaron por el suelo. Después de quemar camas y sillas comenzó a arrancar los listones del suelo. La madera densa, pesada, ardía despacio, generando un bello fuego. Al principio usó fósforos. Agotados los fósforos empezó a servirse de una de las lupas con las que Orlando solía estudiar su colección de sellos ultramarinos. Esperaba que el sol, alrededor de las diez de la mañana, inundara de luz el suelo de la cocina. Evidentemente, sólo conseguía cocinar en días de sol.

Llegó el hambre. Durante semanas, largas como meses, Ludo apenas comió. Alimentó a Fantasma con papillas de harina de trigo. Las noches se fundían con los días. Se despertaba y veía al perro vigilándola con una ansiedad feroz. Se dormía y sentía su aliento ardiente. Fue a la cocina a buscar un cuchillo, el de hoja más larga, el más afilado, y empezó a llevarlo prendido a la cintura, como una espada. También ella se inclinaba sobre el sueño del animal. Varias veces le apoyó el cuchillo en el cogote.

Atardecía, amanecía, y era el mismo vacío sin principio o fin. En un determinado momento, volviendo de la terraza, escuchó un fuerte ruido. Subió con prisas y encontró a Fantasma devorando una paloma. Se adelantó, decidida a arrancarle un pedazo. El perro hincó las patas en el piso y le mostró los dientes. Una sangre espesa, nocturna, a la cual se agarraban aún restos de plumas y de carne, le cubría el hocico. La mujer retrocedió. Se acordó entonces de cómo preparar un conjunto de trampas muy simples. Cajones ubicados boca abajo, con una inclinación precaria, apoyados en un palito. A la sombra, dos o tres diamantes. Esperó más de dos horas, agachada, escondida detrás del paraguas, hasta que una paloma se posó en el patio. El ave se acercó con titubeantes pasitos. Retrocedió. Agitó las alas, se alejó, se perdió en el cielo iluminado. Regresó al poco tiempo. Esta vez rodeó la trampa, picoteó el hilo con desconfianza y entonces, atraída por el brillo de las piedras, avanzó hacia la sombra del cajón. Ludo tiró del hilo. Esa tarde cazó otras dos palomas. Las cocinó y recuperó las fuerzas. En los meses siguientes cazó muchas más.

No llovió durante mucho tiempo. Ludo regó los canteros con el agua acumulada en la piscina. Finalmente, se rasgó la fría cortina de nubes bajas, que en Luanda se llama *cacimbo*, y el agua volvió a caer. El maíz creció. Los frijoles dieron flor y frutos. El granado se llenó de frutos rojos. Para entonces comenzaron a ralear las palomas en el cielo de la ciudad. Una de las últimas en caer en la trampa llevaba una anilla enrollada a la pata derecha. Ludo encontró, prendido en la anilla, un pequeño cilindro de plástico. Lo abrió y retiró un papelito enrollado, como una rifa. Leyó la frase escrita en tinta lila, en una caligrafía menuda, firme:

*Mañana. Seis horas, lugar habitual. Mucho cuidado. Te amo.*

Volvió a enrollar el papel y lo colocó en el pequeño cilindro. Dudó. El hambre le roía el estómago. Además, la paloma se había tragado una o dos piedras. Le quedaban pocas, algunas demasiado grandes para servir de cebo. Por otro lado, el papel la intrigaba. De pronto se sentía poderosa. El destino de una pareja estaba allí, en sus manos, palpitando de puro terror. Sostuvo con firmeza ese destino alado y lo lanzó al encuentro del amplio cielo. Escribió en el diario:

*Pienso en la mujer esperando la paloma. No confía en los correos, ¿o ya no habrá correos? No confía en los teléfonos, ¿o en el ínterin los teléfonos habrán dejado de funcionar? No confía en las personas, eso es cierto. La humanidad nunca funcionó muy bien.*

*La veo sosteniendo la paloma, sin saber que, antes de ella, yo la tuve temblando entre mis manos. La mujer quiere huir. No sé de qué quiere huir. ¿De este país que se desmorona, de un casamiento sofocante, de un futuro que le aprieta los pies como zapatos ajenos? Pensé en agregar al papel una pequeña nota: «Mate al mensajero». Sí, si ella matara a la paloma, encontraría un diamante.*

*Así leerá la nota antes de devolver la paloma al palomar. A las seis de la mañana irá a encontrarse con un hombre que yo imagino alto, de gestos sucintos y corazón atento. Una vaga tristeza lo ilumina (a este hombre) mientras prepara la*

*fuga. Huir hará de él un traidor a la patria. Errará por el mundo, amparándose en el amor de una mujer, pero nunca más logrará dormirse sin antes llevarse la mano derecha al lado izquierdo del pecho.*

*La mujer notará el gesto.*

*¿Te duele algo?*

*El hombre agitará la cabeza, negando. Nada. No tengo nada.*

*¿Cómo explicar que le duele la infancia perdida?*

Espiando a través de la ventana del cuarto podía ver, en las dilatadas mañanas de sábado, a una de las vecinas en el balcón del décimo A pelando maíz. La veía después batiendo la polenta. Preparando y grillando pescado o, a veces, gordas patas de pollo. El aire se llenaba de un humo áspero, oloroso, que abría el apetito. Orlando apreciaba la cocina angoleña. Ludo, sin embargo, se negó siempre a cocinar cosas de negros. Mucho se arrepintió. En aquellos días sólo le apetecía comer churrasco. Comenzó a vigilar a las gallinas que se quedaban en el balcón, husmeando al amanecer, los primeros granos de sol. Esperó hasta una madrugada de domingo. La ciudad dormía. Se asomó por la ventana e hizo deslizar una cuerda con un nudo corredizo en la punta hasta el balcón del décimo A. Después de unos quince minutos consiguió enlazar el cogote de un enorme gallo negro. Dio un fuerte tirón y lo alzó rápidamente. Para su sorpresa, cuando lo dejó en el piso del cuarto, el animal todavía estaba vivo (aunque no mucho). Sacó el cuchillo de la cintura. Estaba a punto de degollarlo cuando la detuvo una súbita inspiración. Tendría bastante maíz durante los próximos meses, además de frijoles y bananas. Con un gallo y una gallina podría comenzar una cría. Sería bueno comer huevos frescos todas las semanas. Volvió a bajar la cuerda y esta vez consiguió enlazar a una de las gallinas, de una pata. La infeliz se debatió en un horrendo alarido, soltando plumas y cerdas y polvo. Al instante siguiente, el edificio se despertó con los gritos de la vecina:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

A continuación, constatada la imposibilidad de que alguien hubiera trepado las lisas paredes para alcanzar el balcón y robar los gallináceos, las acusaciones se transformaron en un aterrorizado lamento:

—Embrujo... Embrujo...

Y luego, a continuación, en una certeza:

—La Kianda... La Kianda<sup>[3]</sup>...

Ludo había oído a Orlando hablar de la Kianda. El cuñado intentó explicarle la diferencia entre kiandas y sirenas:

—La Kianda es una entidad, una energía capaz del bien y del mal. Esa energía se expresa a través de luces de colores que emergen del agua, de las olas del mar y de la furia de los vientos. Los pescadores le rinden tributo. Cuando yo era niño y jugaba junto a la laguna, detrás de este edificio, siempre encontraba ofrendas. A veces la Kianda secuestraba a algún transeúnte. Las personas reaparecían días después, muy lejos, junto a otras lagunas o ríos, o en una playa cualquiera. Eso ocurría muchas veces. A partir de cierto momento, la Kianda empezó a ser representada como una sirena. Se transformó en una sirena, pero mantuvo sus poderes originales.

Fue de esta forma, con un hurto grosero y un golpe de suerte, que Ludo inició una pequeña cría de gallináceos en la terraza, contribuyendo al mismo tiempo a reforzar la creencia de los luandenses en la presencia y la autoridad de las kiandas.

## La mulemba del Che Guevara

*En el patio, donde surgió la laguna, existe un árbol enorme. Descubrí, consultando la biblioteca, en un libro sobre flora angoleña, que se trata de una mulemba (Ficus thonningli). En Angola es considerada el árbol real o árbol de la palabra, porque los sobas<sup>[4]</sup> y sus makotas<sup>[5]</sup> solían reunirse a su sombra para discutir los problemas de la tribu. Las ramas más altas casi alcanzan las ventanas de mi cuarto.*

*A veces veo un mono paseándose por las ramas, allá en el fondo, por entre la sombra y los pájaros. Debe de haber pertenecido a alguien, tal vez haya huido, o quizás el dueño lo abandonó. Es simpático. Es, como yo, un cuerpo extraño a la ciudad.*

*Un cuerpo extraño.*

*Los niños le tiran piedras, las mujeres lo persiguen con palos. Le gritan. Lo insultan.*

*Le di un nombre: Che Guevara, porque tiene una mirada un poco burlona, rebelde, de una altivez de rey que perdió el reino y la corona.*

*Una vez lo encontré en la terraza comiendo bananas. No sé cómo consigue subir. Tal vez saltando de las ramas de la mulemba hacia una de las ventanas y de allá hacia el parapeto. No me incomoda. Las bananas y las granadas bastan para los dos, por lo menos por ahora.*

*Me gusta abrir las granadas y revolver entre los dedos su luz. Me gusta incluso la palabra granada, el brillo de la mañana que existe en ella.*

## La segunda vida de Jeremías Carrasco

Todos podemos, a lo largo de una vida, conocer varias existencias. Eventualmente, desistencias. Es decir, lo más habitual. Pocos, sin embargo, tienen la posibilidad de vestir otra piel. A Jeremías Carrasco casi le ocurrió eso. Despertó, después de un fusilamiento negligente, en una cama demasiado corta para su metro ochenta y cinco, y tan estrecha que, si hubiera descruzado los brazos, ambos habrían colgado y los dedos hubieran tocado el suelo de cemento, cada uno para su lado. Sentía fuertes dolores en la boca, cuello y pecho, y una terrible dificultad para respirar. Al abrir los ojos vio un techo bajo, descolorido y descascarado. Una pequeña lagartija, colgada justo encima de él, lo estudiaba con curiosidad. La madrugada bajaba, ondulante y perfumada, a través de una minúscula ventana situada en la pared de enfrente, junto al techo.

Morí, pensó Jeremías. Morí y aquella lagartija es Dios.

Suponiendo que la lagartija fuera Dios, se diría que dudaba del destino que le daría. A Jeremías tal indecisión le parecía más extraña que verse cara a cara con el Creador, éste asumiendo la forma de un reptil. Desde hacía mucho, Jeremías sabía que estaba destinado a arder por la eternidad en las llamas del Infierno. Había matado, torturado. Y si al principio lo había hecho por deber, cumpliendo órdenes, luego le había tomado el gusto. Sólo se sentía despierto, entero, mientras corría a través de la noche persiguiendo a otros hombres.

—Decídete —dijo Jeremías a la lagartija. O mejor dicho, intentó decirlo, pero lo que le salió de la boca fue sólo un sordo embrollo de

sonidos. Lo intentó de nuevo y, como en una pesadilla, se repitió el oscuro borboteo.

No intentes hablar. Además, no hablarás nunca más.

Por un instante, Jeremías consideró que era Dios condenándolo al silencio eterno. Después giró los ojos hacia la derecha y vio a una mujer gordísima apoyada en la puerta. Las manos, de dedos mínimos y frágiles, bailaban frente a ella mientras hablaba:

—Ayer, tu muerte fue noticia en los periódicos. Publicaron una fotografía un poco antigua, casi no te reconocí. Dicen que fuiste un diablo. Moriste, reencarnaste, tienes una nueva oportunidad. Aprovéchala.

Madalena trabajaba desde hacía cinco años en el Hospital María Pía. Antes de eso había sido monja. Una vecina había visto de lejos el fusilamiento de los mercenarios y la alertó. La enfermera condujo sola hasta el lugar. Uno de los hombres todavía vivía. Una bala le había atravesado el pecho, en un recorrido milagroso, perfecto, sin alcanzar ningún órgano vital. Un segundo proyectil le había entrado por la boca, destrozando los dos incisivos superiores y perforándole después la garganta.

—No entiendo lo que ocurrió. ¿Intentaste agarrar la bala con los dientes? —Se rio, agitando el cuerpo. La luz parecía reírse con ella—. Buenos reflejos, sí, señor. Y no fue mala idea. Si la bala no hubiera encontrado los dientes, la trayectoria habría sido otra. Te habría matado o dejado paralítico. Me pareció mejor no llevarte al hospital. Habrían cuidado de ti y, cuando estuvieras bien, volverían a fusilarte. Así, con paciencia, te traté yo misma con los pocos recursos disponibles. Me queda sacarte de Luanda. No sé por cuánto tiempo conseguiré esconderte. Si los camaradas te encuentran, me fusilarán a mí también. En cuanto sea posible viajaremos hacia el sur.

Lo escondió durante casi cinco meses. A través de la radio, Jeremías fue siguiendo la difícil progresión de las tropas gubernamentales, apoyadas por cubanos, contra la improvisada y volátil alianza entre la UNITA<sup>[6]</sup>, la FNLA<sup>[7]</sup>, el ejército sudafricano y mercenarios portugueses, ingleses y norteamericanos.

Jeremías bailaba en la playa, en Cascais, con una rubia platino, y nunca había estado en la guerra, nunca había matado, nunca había torturado a

nadie, cuando Madalena lo sacudió:

—¡Vamos, capitán! Es hoy o nunca.

El mercenario se levantó de la cama con esfuerzo. La lluvia estallaba en la oscuridad, ahogando el ruido del escaso tránsito que circulaba a aquella hora. Viajaban en una vieja furgoneta, una Citroën dos caballos, con la carrocería de un amarillo muy gastado, medio roída por el óxido, pero con el motor en perfecto estado. Jeremías iba atrás, estirado, oculto por varios cajones con libros.

—Los libros infunden respeto —explicó la enfermera—. Si llevara cajones cargados con botellas de cerveza, los soldados revisarían el vehículo de una punta a la otra. Además, llegaría a Mossâmedes sin una sola botella.

La estratagema se reveló acertada. En los numerosos controles por los cuales pasaron, los militares se cuadraban al ver los libros, pedían muchas disculpas a Madalena y la dejaban seguir. Desembocaron en Mossâmedes una mañana sin aire. Jeremías, espiando a través de un pequeño agujero abierto en la chapa herrumbrada del vehículo, vio la pequeña ciudad girando alrededor de sí misma, lenta y aturdida, como un ebrio en un funeral. Meses antes, las tropas sudafricanas habían pasado por allí, de camino a Luanda, desbaratando fácilmente una tropa formada por pioneros y mucubás<sup>[8]</sup>.

Madalena estacionó la furgoneta delante de un sólido caserón azul. Bajó, dejando a Jeremías asándose de calor dentro. El mercenario sudaba mucho. Apenas respiraba. Le pareció preferible bajar, arriesgándose a ser apresado, que morir así. No lograba apartar los cajones. Comenzó a dar puntapiés en la chapa. Hasta allí se acercó un viejo.

—¿Quién está ahí?

Oyó entonces la voz suave de Madalena:

—Llevo un cabrito a Virei.

—¡¿Un cabrito a Virei?! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Un cabrito a Virei!

Con la furgoneta en marcha, entraba algo de aire fresco. Jeremías se tranquilizó. Anduvieron una hora más a los saltos, por caminos secretos, a través de un paisaje que a Jeremías le parecía hecho por entero de duro viento, piedra, polvo y alambre de púas. Finalmente, se detuvieron. Un

alarido de voces cercó el vehículo. La puerta trasera se abrió y alguien retiró las cajas. Surgieron decenas de rostros curiosos. Mujeres con el cuerpo pintado de rojo. Algunas ya maduras. Otras todavía adolescentes, de senos erguidos y pezones turgentes. Muchachos altos, elegantísimos, con un mechón de cabello en lo alto de la cabeza.

—Mi fallecido padre nació en el desierto. Fue enterrado aquí. Esta gente le tiene mucha devoción —explicó Madalena—: Van a acogerte y a esconderte el tiempo que sea necesario.

El mercenario se sentó en el suelo, acomodando los hombros, como un rey que desfilara desnudo a la sombra espinosa de un mutiati<sup>[9]</sup>. Un grupo de niños lo rodeó, tocándolo, tirándole de los cabellos. Los muchachos reían fuerte. Los intrigaba el áspero silencio del hombre, la mirada distante, el espectro de un pasado que intuían violento y agitado. Madalena se despidió de él con una leve inclinación de cabeza:

—Espera aquí. Vendrán a buscarte. Cuando todo se calme podrás cruzar la frontera hacia el sudoeste africano. Supongo que tendrás buenos amigos entre los carcamanos<sup>[10]</sup>.

Transcurrirían años. Décadas. Jeremías jamás cruzó la frontera.

## 27 de mayo

*Esta mañana Che Guevara estaba muy agitado. Saltaba de rama en rama. Gritaba.*

*Más tarde, a través de la ventana de la sala, vi a un hombre corriendo. Un tipo alto, delgadísimo, increíblemente ágil. Tres soldados lo perseguían a corta distancia. Gente del pueblo surgía de las esquinas, a chorros, uniéndose a los soldados. En escasos segundos había una multitud en la pista del fugitivo. Lo vi embestir a un niño que se había atravesado delante de él en una bicicleta y rodar desamparado en la polvareda. La turba iba a alcanzarlo, estaba a un brazo de distancia cuando el hombre, subiendo a la bicicleta, retomó la fuga. Para entonces ya se había formado un segundo grupo, cien metros adelante, y llovían piedras. El desgraciado se metió en una callecita estrecha. Si hubiera podido ver desde lo alto, como yo, no lo habría hecho: un callejón sin salida. Cuando se dio cuenta de su error, abandonó la bicicleta e intentó saltar el muro.*

*Una pedrada lo alcanzó en la nuca y cayó.*

*La gente del pueblo lo alcanzó. Saltaron sobre el cuerpo delgado dándole patadas. Uno de los soldados alzó una pistola y disparó al aire para abrir camino. Ayudó al hombre a levantarse, manteniendo la pistola apuntada contra la multitud. Los otros dos gritaban órdenes, intentando serenar los ánimos. Por fin, consiguieron hacer retroceder a la multitud, arrastraron al prisionero hasta una camioneta, lo tiraron dentro y se fueron.*

*No tengo energía eléctrica hace más de una semana. Por lo tanto, no escucho radio. No puedo saber lo que pasa.*

*Desperté con disparos. Más tarde, a través de la ventana de la sala, vi que aquel hombre delgadísimo corría. Fantasma anduvo de acá para allá el día entero, rodando sobre el propio miedo, mordiendo los dedos. Oí gritos en el piso de al lado. Varios hombres discutían. Después, silencio. No logré dormir. A las cuatro de la mañana subí a la terraza. La noche, como un pozo, se tragaba estrellas.*

*Entonces vi pasar una camioneta de caja abierta que cargaba cadáveres.*

## Sobre los deslizamientos de la razón

A Monte no le gustaban los interrogatorios. Aún hoy esquivo hablar sobre el asunto. Evita, incluso, recordar los años setenta cuando, para preservar la revolución socialista, se permitieron —utilizando un eufemismo grato a los agentes de la policía política— ciertos excesos. Confesó a sus amigos haber aprendido bastante acerca de la naturaleza humana mientras interrogaba a separatistas y jóvenes ligados a la extrema izquierda durante los años terribles que siguieron a la Independencia. Personas con una infancia feliz, afirmaba, suelen ser difíciles de quebrar.

Tal vez estuviera pensando en Pequeño Soba.

A Pequeño Soba, cuyo nombre de bautismo es Arnaldo Cruz, no le gusta conversar sobre los períodos en que permaneció detenido. Huérfano desde su tierna edad, criado por la abuela paterna, la vieja Dulcinea, confitera de profesión, nunca le faltó de nada. Terminó estudios secundarios y entonces, cuando todos esperaban verlo entrar en la facultad y convertirse en doctor, se metió en enredos políticos y lo apresaron. Hacía cuatro meses que estaba en el Campo de San Nicolás, a ciento y pico kilómetros de Mossâmedes, cuando estalló en Portugal la Revolución de los Claveles. Reapareció en Luanda como un héroe. La vieja Dulcinea creía que el nieto sería nombrado ministro, pero Pequeño Soba poseía más aliento que talento para las tramas de la política, y pocos meses después de la Independencia —era entonces estudiante de Derecho—, volvió a ser apresado. La abuela no soportó el disgusto. Murió de un ataque cardíaco días después.

Pequeño Soba logró huir de la cárcel escondiéndose dentro de un cajón, episodio burlesco que merecerá más adelante una narración más dilatada. Una vez en el exterior, pasó a la clandestinidad. Aunque, en lugar de refugiarse en algún cuarto oscuro o incluso dentro de un armario en casa de una tía vieja, como algunos camaradas suyos, optó por la situación opuesta. Aquello que todos ven, deja de ser visto, filosofaba. Empezó, así, a circular por las calles, andrajoso, los cabellos en largas y desgreñadas trenzas, cubierto de barro y de alquitrán. Para desaparecer mejor, escapando de las redadas de los militares que recorrían la ciudad noche y día juntando carne de cañón, se fingía loco. Una persona sólo logra hacerse pasar por alienada, sólo consigue que los otros crean en eso si en ese proceso enloquece un poco.

—Imagínate dormir a medias —explica Pequeño Soba—. Una parte de ti vigila, la otra vaga. La que vaga es la parte pública.

Fue en ese estado de casi invisibilidad social y semidemencia, con la lucidez viajando como pasajera clandestina, que Pequeño Soba vio a la paloma:

—Días de hambre. Yo apenas conseguía ponerme en pie, cualquier brisa me llevaba. Fabriqué una honda con una rama, unas tiras de goma, y estaba intentando cazar alguna rata, allá en Catambor, cuando una paloma bajó, iluminada, aclarando con su blancura todo mi alrededor. Pensé: es el Espíritu Santo. Busqué una piedra, miré la paloma y disparé. Acerté de lleno. Murió antes de tocar el suelo. Luego noté el pequeño cilindro de plástico sujeto a la anilla. Lo abrí, retiré el papelito y leí:

*Mañana. Seis horas, lugar habitual. Mucho cuidado. Te amo.*

Al destripar la paloma para asarla, encontré los diamantes.

Pequeño Soba no comprendió de inmediato lo que había ocurrido:

—En mi confusión creí que había sido Dios quien me daba las piedras. Incluso creí que había sido Dios quien había escrito el mensaje para mí. Mi lugar habitual era frente a la librería Lello. Al día siguiente, a las seis, allá estaba yo, esperando que Dios se manifestara.

Dios se manifestó por caminos insondables, a través de una mujer gordísima, de rostro liso, encerado, y una expresión de perpetuo encantamiento. La mujer bajó de una furgoneta, un viejo Citroën dos caballos, y avanzó en dirección de Pequeño Soba, que la observaba medio escondido detrás de un contenedor de basura.

—¡Eh, bonito! —gritó Madalena—: Necesito tu ayuda.

Pequeño Soba se acercó, asustado. La mujer le dijo que solía observarlo. Le irritaba ver a un hombre en perfecto estado, es más, en perfectísimo estado, pasar el día tirado en la calle haciéndose el loco. El expresidiario se enderezó, incapaz de reprimir la indignación:

—¡Estoy tremendamente loco!

—No lo suficiente —lo atajó la enfermera—. Un verdadero loco intentaría parecer un poco más circunspecto.

Madalena había heredado una finca cerca de Viana, donde producía frutas y hortalizas, tan difíciles de encontrar en la capital, y buscaba a alguien capaz de vigilar la propiedad. Pequeño Soba aceptó. No por las razones obvias; se moría de hambre y en una quinta comería todos los días. Además, estaría a salvo de militares, policías y otros depredadores. Asintió porque creyó que esa era la voluntad de Dios.

Después de cinco meses, bien alimentado, mejor dormido, recuperó por completo la lucidez. En su caso, infelizmente, la lucidez se reveló enemiga del buen sentido. Habría sido mejor mantenerse alienado durante cinco o seis años más. Lúcido, le volvió la inquietud. Le dolía en el alma, como en un órgano por donde circulara sangre, el descalabro del país. Lo lastimaba aún más el destino de los compañeros que había dejado tras las rejas. Reanudó, poco a poco, antiguas relaciones. Junto con un joven futbolista, Maciel Lucamba, que había conocido en el Campo de San Nicolás, diseñó un ingenioso plan que preveía el rescate de un grupo de prisioneros y su fuga en una lancha pesquera, con destino a Portugal. Nunca habló con nadie de los diamantes. Ni siquiera con Maciel. Pretendía vender las piedras para pagar parte de la operación. No sabía a quién venderlas, y no le dieron tiempo para reflexionar acerca de eso. Una tarde de domingo, mientras descansaba tendido en una estera, surgieron dos sujetos de improviso y lo apresaron. Le dolió descubrir que Madalena había sido igualmente detenida.

Monte lo interrogó. Pretendía comprobar la participación de la enfermera en la conspiración. Prometió liberar a los dos en el caso de que el joven revelara el paradero de un mercenario portugués que Madalena habría socorrido. Pequeño Soba podría haber dicho la verdad, que nunca había oído hablar del mercenario. Creyó, a pesar de eso, que cualquier palabra que intercambiara con el agente equivaldría a reconocerle legitimidad y, así, se limitó a escupir en el suelo. La obstinación le dejó cicatrices en el cuerpo.

Durante todo el período en que permaneció detenido, mantuvo consigo los diamantes. Ni los guardias ni los restantes prisioneros sospecharon alguna vez que aquel joven humilde, siempre preocupado por los demás, escondiese una pequeña fortuna. En la mañana del 27 de mayo de 1977 lo despertó un brutal estruendo. Disparos. Un desconocido le abrió la puerta de la celda y le gritó que, si quería, podía salir. Un grupo de revoltosos había ocupado la cárcel. El muchacho atravesó el tumulto con la placidez de un fantasma, sintiéndose mucho más inexistente que cuando vagaba por la ciudad disfrazado de loco. En el patio, sentada a la sombra de un frangipani, encontró a una poeta muy respetada, referencia histórica del movimiento nacionalista que, como él, había sido detenida pocos días después de la Independencia, acusada de apoyar a una corriente de intelectuales que venía criticando a la dirección del partido. Pequeño Soba preguntó por Madalena. La habían soltado semanas antes. La policía no había logrado probar nada contra ella. ¡Mujer extraordinaria!, agregó la poeta. Le aconsejó a Pequeño Soba no abandonar la prisión. En su opinión, la revuelta sería rápidamente sofocada y los fugitivos apresados, torturados y fusilados: Ahí se viene un baño de sangre.

Estuvo de acuerdo. La estrechó en un demorado abrazo y salió, encadenado aún, hacia la caudalosa luz de las calles. Pensó en buscar a Madalena. Quería presentarle las mayores disculpas. Sabía, sin embargo, que eso podría traerle incluso más problemas. La policía comenzaría por buscarlo en su casa. Dio vueltas entonces por la ciudad, aturdido, angustiado, a veces siguiendo de lejos a los grupos de manifestantes, a veces acompañando a los movimientos de las fuerzas fieles al presidente. Andaba por aquí y por allá, a cada momento más perdido, cuando un militar

lo reconoció. El hombre comenzó a perseguirlo, gritando: ¡separatista!, ¡separatista!, y en pocos segundos se había reunido una multitud para cogerlo. Pequeño Soba medía un metro ochenta y cinco, piernas largas. En la adolescencia había practicado atletismo. Los meses pasados en una celda estrecha, sin embargo, le habían robado el aliento. En los primeros quinientos metros logró distanciarse de los perseguidores. Llegó a creer que los despistaría. Lamentablemente, el tumulto atrajo más gente. Sentía que el pecho le estallaba. El sudor le caía sobre los ojos, nublándole la vista. Surgió de pronto una bicicleta frente a él. No logró desviarse y cayó sobre ella. Se levantó, la cogió y volvió a ganar distancia. Dobló a la derecha. Un callejón sin salida. Soltó la bicicleta e intentó saltar el muro. Una piedra lo alcanzó en la nuca, sintió en la boca un gusto a sangre, un mareo. Al instante siguiente estaba en un coche, esposado, con un militar a cada lado, y rodeado de gritos.

—¡Vas a morir, lagartija! —rugió el que conducía—. Tenemos órdenes para matarlos a todos. Antes, te arranco las uñas, una a una, hasta que cuentes todo lo que sabes. Quiero los nombres de los separatistas.

No le arrancó ninguna uña. Un camión saltó encima de ellos en el cruce siguiente, tirando el coche contra el paseo. La puerta del lado opuesto al embate se abrió y Pequeño Soba se vio escupido, junto con uno de los militares. Se levantó con dificultad, sacudiendo sangre, propia y ajena, y pedazos de vidrio. No tuvo tiempo de comprender lo que había ocurrido. Un sujeto robusto, con una sonrisa en la cual parecían brillar sesenta y cuatro dientes, se le acercó, le colocó una chaqueta cubriéndole las esposas y lo arrastró de allí. Quince minutos después entraban en un edificio elegante, aunque bastante degradado. Subieron once pisos a pie, Pequeño Soba rengueando mucho, pues casi se había quebrado la pierna derecha.

Los ascensores no funcionan, se disculpó el hombre de la sonrisa resplandeciente: Los de la selva tiran la basura en la caja de los ascensores. Hay basura casi hasta allá arriba.

Lo invitó a entrar. En una pared de la sala, pintada de rosa fuerte, sobresalía una tela al óleo que retrataba, en trazos ingenuos, al feliz propietario. Dos mujeres estaban sentadas en el piso, frente a una pequeña radio a pilas. Una de ellas, muy joven, amamantaba a un bebé. Ninguna les

prestó atención. El hombre de la sonrisa resplandeciente arrastró una silla. Le hizo una seña a Pequeño Soba para que se sentara. Sacó un clip del bolsillo y lo enderezó. Se inclinó sobre las esposas. Introdujo el alambre en la cerradura, contó hasta tres y la abrió. Gritó algo en lingala<sup>[11]</sup>. La mujer más grande se levantó, sin decir una palabra, y desapareció en el interior del apartamento. Regresó minutos después, con dos botellas de *Cuca*. Una voz airada vociferaba en la radio:

*¡Es necesario encontrarlos, atarlos y fusilarlos!*

El hombre de la sonrisa resplandeciente agitó la cabeza:

—No fue para esto que hicimos la Independencia. No para que los angoleños se mataran unos a otros como perros rabiosos —suspiró—. Ahora necesitamos curarte las heridas. Luego, reposo. Tenemos un cuarto de más. Te quedarás allí hasta que pase la confusión.

—Puede llevar mucho tiempo hasta que pase la confusión.

—Va a pasar, camarada. La maldad también necesita descansar.

## La antena rebelde

En los primeros meses de aislamiento, Ludo raramente prescindía de la seguridad del paraguas para visitar la terraza. Más tarde, pasó a utilizar una larga caja de cartón, en la que había recortado dos orificios a la altura de los ojos para espiar, y otros dos a un lado, más abajo, para liberar los brazos. Así equipada podía trabajar en los canteros, plantando, cosechando, cortando las hierbas dañinas. De vez en cuando se asomaba sobre la terraza, estudiando con rencor la ciudad sumergida. Quien mirara hacia el edificio desde otro edificio con altura semejante, vería un cajón moviéndose, asomándose, volviendo a retirarse.

Las nubes cercaban la ciudad, como aguavivas.

A Ludo le recordaban a las aguavivas.

Las personas no ven en las nubes el dibujo que tienen, que no es ninguno, o que son todos, pues se altera a cada momento. Ven aquello que su corazón ansía.

¿No les agrada la palabra corazón?

Elijan otra: alma, inconsciente, fantasía, la que les parezca mejor. Ninguna será la palabra adecuada.

Ludo contemplaba las nubes y veía aguavivas.

Había adquirido el hábito de hablar sola, repitiendo las mismas palabras de un tirón: Gorjeo. Piar. Revuelo. Ala. Aletear. Buenos vocablos, que se deshacían como chocolate en el paladar y le traían a la memoria imágenes felices. Creía que al decirlas, al evocarlas,

regresarían las aves a los cielos de Luanda. Hacía años que no había palomas, gaviotas, ni siquiera algún pequeño pajarito separado de la bandada. La noche traía murciélagos. El vuelo de los murciélagos, sin embargo, no tiene nada que ver con el de las aves. Los murciélagos, como las aguavivas, son seres sin sustancia. Se ve un murciélago atravesando la sombra y no se piensa en él como algo hecho de carne, de sangre, de huesos concretos, de fiebre y sentimientos. Formas esquivas, rápidos fantasmas entre los escombros; están allí, no están más. Ludo odiaba los murciélagos. Los perros eran más raros que las palomas, y los gatos, más raros que los perros. Los gatos fueron los primeros en desaparecer. Los perros resistieron en las calles de la ciudad durante algunos años. Jaurías de perros de raza. Galgos hambrientos, pesados mastines asmáticos, alegres dálmatas, nerviosos perdigueros y después, durante dos o tres años más, la improbable y deplorable mezcla de tantos y tan nobles pedigris.

Ludo suspiró. Se sentó frente a la ventana. De allí sólo conseguía ver el cielo. Nubes bajas, oscuras, y un resto de azul casi vencido por la oscuridad. Se acordó de Che Guevara. Solía verlo deslizándose por las paredes, corriendo por los patios y tejados, buscando refugio en las ramas más altas de la enorme mulemba. Verlo le sentaba bien. Eran seres cercanos, ambos un equívoco, cuerpos extraños en el organismo exultante de la ciudad. Algunas personas le tiraban piedras al mono. Otras le lanzaban fruta envenenada. El animal las esquivaba. Olía la fruta y se apartaba con una expresión de disgusto. Cambiando ligeramente de posición, Ludo podía contemplar las antenas parabólicas. Decenas, centenares, millares de ellas, cubrían los tejados de los edificios, como hongos. Desde hacía mucho tiempo las veía vueltas hacia el norte. Todas, excepto una: la antena rebelde. Otro error. Solía pensar que no moriría mientras la antena se mantuviera de espaldas a compañeras. Mientras Che Guevara sobreviviese, no moriría. Hacía más de dos semanas, sin embargo, que no avistaba al mono, y aquella madrugada, al lanzar una primera mirada sobre los tejados, se fijó en que la antena vuelta hacia el norte, como las restantes. Una oscuridad densa y ruidosa, como un río, se derramó sobre los vidrios. Súbitamente un gran relámpago lo iluminó todo y la mujer vio su propia sombra arrojada contra la pared. El trueno retumbó un segundo después. Cerró los ojos. Si muriera

allí, así, en aquel lúcido instante, mientras allá fuera el cielo bailaba, victorioso y libre, sería bueno. Transcurrirían décadas antes de que alguien la encontrara. Pensó en Aveiro y comprendió que había dejado de sentirse portuguesa. No pertenecía a ningún lado. Allí, donde había nacido, hacía frío. Volvió a ver las calles estrechas, las personas caminando con la cabeza baja, contra el viento y la irritación. Nadie la esperaba.

Antes de abrir los ojos supo que el temporal estaba lejos. El cielo se había aclarado. Un rayo de luz le entibiaba el rostro. Escuchó, viniendo del patio, un gemido, un débil quejido. Fantasma, tendido a sus pies, se levantó de un salto, cruzó corriendo el piso hasta la sala, subió a los escalones la escalera de caracol y desapareció. Ludo se abalanzó tras él. El perro había acorralado al mono contra los bananos y gruñía, ansioso, con la cabeza baja. Ludo lo agarró por el collar, firmemente, y tiró hacia sí. El pastor alemán se resistió. Hizo el amague de morderla. La mujer lo golpeó en el hocico, con la mano izquierda, una y otra vez. Finalmente, Fantasma desistió. Se dejó arrastrar. Lo ató en la cocina, cerró la puerta y regresó a la terraza. Che Guevara todavía estaba allí, observándola con claros ojos de asombro. Nunca había visto en ningún hombre una mirada tan intensamente humana. Mostraba en la pierna derecha una herida profunda, lisa, que parecía haber sido abierta hacía poco por un golpe de catana. La sangre se mezclaba con el agua de lluvia.

Ludo peló una banana que había traído de la cocina y extendió el brazo. El mono estiró el hocico. Sacudió la cabeza en un gesto que podía ser de dolor o de desconfianza. La mujer lo llamó con voz dulce:

—Ven, ven, pequeñito. Ven que yo te cuido.

El animal avanzó, arrastrando la pierna, llorando tristemente. Ludo soltó la banana y lo agarró por el pescuezo. Con la mano izquierda sacó el cuchillo de la cintura y lo enterró en la carne delgada. Che Guevara soltó un grito, se liberó, con la hoja clavada en la barriga, y en dos grandes saltos alcanzó el muro. Se quedó quieto allí, apoyado en la pared, lamentándose, sacudiéndose la sangre. La mujer se sentó en el piso, exhausta, llorando ella también. Se quedaron así un largo tiempo los dos, mirándose el uno al otro, hasta que comenzó a llover de nuevo. Entonces Ludo se levantó, se acercó al mono, sacó el cuchillo y le cortó el cogote.

Por la mañana, mientras salaba la carne, Ludo notó que la antena rebelde estaba de nuevo vuelta hacia el sur.

Esa y tres más.

## Los días se deslizan como si fueran líquidos

*Los días se deslizan como si fueran líquidos.*

*No tengo más cuadernos donde escribir. Tampoco tengo más bolígrafos. Escribo en las paredes, con pedazos de carbón, versos sucintos.*

*Ahorro en la comida, en el agua, en el fuego y en los adjetivos.*

*Pienso en Orlando. Lo odié al principio. Después comencé a apreciarlo. Podía ser muy seductor. Un hombre y dos mujeres bajo el mismo techo: conjunción peligrosa.*

# Haiku

*yo ostra de cismo*

*acá con mis perlas*

*trozos en el abismo*

## La sutil arquitectura del acaso

El hombre de sonrisa resplandeciente se llamaba Bienvenue Ambrosio Fortunato. Poca gente lo conocía por ese nombre. A fines de los años sesenta compuso un bolero titulado *Papy Bolingô*. El tema, interpretado por François Luambo Luanzo Makiadi, el gran Franco, obtuvo un éxito inmediato; sonaba día y noche en las radios de Kinshasa, y el joven guitarrista se ganó un sobrenombre que lo acompañaría por toda su vida. A los veintitantos años, perseguido por el régimen del señor Joseph-Désiré Mobutu, alias Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga, Papy Bolingô se exilió en París. Trabajó primero como portero en un club nocturno y más tarde como guitarrista en la orquesta de un circo. En Francia, en contacto con la pequeña comunidad angoleña, redescubrió el país de sus ancestros. En cuanto Angola se volvió independiente, hizo las maletas y se embarcó hacia Luanda. Actuaba en casamientos y en otras fiestas privadas frecuentadas por angoleños retornados de Zaire y simples tontos nostálgicos de la patria. El difícil pan de cada día lo obligaba a trabajar como sonidista en Radio Nacional. Estaba de servicio la mañana del 27 de mayo, cuando los revoltosos entraron al edificio. Presenció después la llegada de los soldados cubanos, que rápidamente pusieron orden en la casa con bofetadas y con puntapiés, retomando el control de la emisión.

Al salir, muy perturbado por los acontecimientos, vio un camión militar que chocaba contra un coche. Corrió para socorrer a los ocupantes. Reconoció inmediatamente a uno de los heridos, un sujeto rollizo, de brazos

fuertes y cortos quien en cierta ocasión había estado interrogando a los trabajadores de la radio. A continuación reparó en el joven alto, delgado como una momia, con las muñecas unidas por esposas. No dudó. Ayudó al joven a levantarse, le cubrió las manos con la chaqueta y lo llevó a su casa.

—¿Por qué me ayudó?

Repitió esa pregunta innumerables veces durante los cuatro años en que estuvo escondido en el apartamento del sonidista. El amigo raramente respondía. Soltaba una amplia carcajada de hombre libre, movía la cabeza, desviaba la conversación. Un día lo encaró con firmeza:

—Mi papá era sacerdote. Fue un buen sacerdote y un excelente padre. Hasta hoy desconfío de los padres sin hijos. ¿Cómo es posible ser sacerdote sin ser padre? El mío nos enseñó a ayudar a los débiles. Aquel día, cuando te vi tendido en el paseo, me pareciste muy débil. Además, reconocí a uno de los policías, un oficial de seguridad que había estado en mi trabajo interrogando a personas. No me gustan los policías del pensamiento. Nunca me gustaron. Entonces hice lo que mi conciencia me ordenó.

Pequeño Soba permaneció largos meses escondido. Después de la muerte del primer presidente, el régimen ensayó una tímida apertura. Los presos políticos no ligados a la oposición armada fueron liberados. Algunos recibieron invitaciones para ocupar posiciones en el aparato del Estado. Al salir a las calles de la capital, entre asustado y curioso, Pequeño Soba descubrió que casi todo el mundo lo consideraba muerto. Algunos amigos aseguraban incluso haber asistido al entierro. Ciertos compañeros de lucha parecían un poco desilusionados por reencontrarlo tan vivo. Madalena: ella lo recibió con alegría. En los últimos años había creado una organización no gubernamental, la Sopa de Piedra, empeñada en mejorar la dieta de las poblaciones de los asentamientos luandenses. Recorría los barrios más pobres de la capital enseñando a las mamás a alimentar a los niños lo mejor posible con los magros recursos disponibles.

—Se puede comer mejor sin gastar más, —le explicó a Pequeño Soba—. Tú y tus amigos os llenáis la boca con palabras grandes, «justicia social, libertad, revolución», y mientras tanto las personas adelgazan, se enferman, mueren. Los discursos no alimentan. Lo que el pueblo necesita es legumbres frescas y un buen muzonguê<sup>[12]</sup> al menos una vez por semana.

Sólo me interesan las revoluciones que comienzan por sentar el pueblo a la mesa.

El joven se entusiasmó. Empezó a acompañar a la enfermera a cambio de un salario simbólico, tres comidas por día, cama y ropa lavada. Mientras, pasaron años. Cayeron muros. Llegó la paz, se realizaron elecciones, la guerra regresó. El sistema socialista fue desmantelado por las mismas personas que lo habían levantado y el capitalismo resurgió de las cenizas, más feroz que nunca. Sujetos que hasta hacía pocos meses bramaban contra la democracia burguesa en almuerzos de familia, en fiestas, en comicios, en artículos en los periódicos, se paseaban ahora muy bien vestidos, con ropas de marca, dentro de vehículos relucientes.

Pequeño Soba había dejado crecer sobre su rostro una áspera barba de profeta. Seguía siendo elegantísimo y, a pesar de la barba, mantenía un aire juvenil. Sin embargo, había comenzado a caminar levemente inclinado hacia la izquierda, como si lo empujara por dentro un violento vendaval. Cierta tarde, viendo desfilan los coches de los ricos, se acordó de los diamantes. Siguiendo el consejo de Papy Bolingô, se desplazó hasta el mercado Roque Santeiro. Llevaba un nombre anotado en un papel. Mientras se dejaba arrastrar por la multitud, pensó que sería imposible localizar a alguien entre la inmensidad del caos. Temió no lograr salir nunca más. Estaba equivocado. El primer feriante a quien se dirigió le apuntó una dirección. Otro, metros adelante, la confirmó. Transcurridos quince minutos, se detenía delante de una barraca en cuya puerta alguien había pintado, con trazos toscos, el busto de una mujer de cuello largo, iluminado por un collar de diamantes. Golpeó. Lo recibió un hombre delgado, vestido con chaqueta y pantalones de color rosa, corbata y sombrero de un rojo vivo. Los zapatos, muy lustrados, resplandecían en la penumbra. Pequeño Soba se acordó de los *sapeur* que Papy Bolingô le había presentado años antes, durante una breve visita a Kinshasa. *Sapeur* es el nombre que se da en el Congo a los maniáticos de la moda. Sujetos que se visten con ropas caras y vistosas, gastando todo lo que tienen —y lo que no tienen— para después pasearse por las calles como modelos en una pasarela.

Entró. Vio un escritorio y dos sillas. Un ventilador sujeto del techo agitaba, en lentas remadas, el aire empapado.

—Jaime Panguila —se presentó el *sapeur*, invitándolo a sentarse.

Panguila se interesó por las piedras. Las observó primero a la luz de una vela. A continuación, se acercó a la ventana, descorrió la cortina y las estudió, rodándolas entre los dedos, bajo los duros rayos de un sol casi a pique. Por fin, se sentó:

—Las piedras, aunque pequeñas, son buenas, muy puras. No quiero saber cómo las consiguió. Me arriesgo a tener problemas al intentar comercializarlas. No le puedo ofrecer más de siete mil dólares.

Rechazó la oferta. Panguila la duplicó. Sacó un fajo de billetes de una de las gavetas, los colocó dentro de una caja de zapatos y la empujó en dirección al otro.

Pequeño Soba fue a sentarse en un bar cercano, con la caja de zapatos sobre la mesa, pensando en lo que haría con el dinero. Notó el símbolo de la cerveza, la silueta de un pájaro de alas abiertas, y se acordó de la paloma. Seguía guardando el tubo de plástico en el cual todavía se podía leer, aunque con dificultad:

*Mañana. Seis horas, lugar habitual. Mucho cuidado. Te amo.*

¿Quién había escrito aquello?

Tal vez un alto funcionario de la *Diamang*<sup>[13]</sup>. Imaginó a un hombre de rostro severo garabateando el mensaje, colocando la nota en el cilindro de plástico y sujetándolo después a la pata de la paloma. Lo imaginó metiendo los diamantes en el pico del ave, primero uno, después el otro, soltándola, y a la paloma volando desde una vivienda apretada entre altos y frondosos mangos en el Dundo, hasta los peligrosísimos cielos de la capital. La imaginó sobrevolando los bosques oscuros, los ríos atónitos, los múltiples ejércitos enfrentados.

Se levantó, sonriente. Ya sabía qué hacer con el dinero. En los meses que siguieron, creó y estructuró una pequeña entrega de encomiendas, a la que llamó Paloma-Correo. Le agradaba la coincidencia de que la palabra «paloma» tuviera, en quimbundo, el significado de mensajero. El negocio prosperó, y a ése se unieron nuevos proyectos. Invirtió en diversas áreas, desde la hostelería a la inmobiliaria, siempre con éxito.

Una tarde de domingo, era diciembre, el aire resplandecía, se encontró con Papy Bolingô en el Rialto. Mandaron a pedir cerveza. Conversaron sin urgencia, con mucha calma, tendidos en la languidez de la tarde, como en una red.

—¿La vida, Papy?

—Vamos viviendo.

—Y tú, ¿siempre cantando?

—Poco, hermano. No he actuado. Fofó anda raro.

Papy Bolingô había sido despedido de Radio Nacional. Iba sobreviviendo, con dificultad, tocando en fiestas. Uno de los primos, guía de cazadores, le trajo del Congo un hipopótamo enano. El guía había encontrado al animal en la selva, todavía bebé, mientras vigilaba desesperado el cadáver de su madre. El guitarrista llevó al animal su apartamento. Lo alimentó con mamadera. Le enseñó a bailar rumba zairense. Fofó, el hipopótamo, empezó a acompañarlo en espectáculos montados en pequeños bares de la periferia de Luanda. Pequeño Soba había visto el *show* en diversas ocasiones y había salido siempre muy impresionado. El problema era que el hipopótamo estaba creciendo demasiado. Los hipopótamos enanos, o hipopótamos pigmeos (*Choeropsis liberiensis*) parecen pequeños en comparación con sus parientes más conocidos, pero ya adultos pueden alcanzar el volumen de un cerdo grande. En el edificio aumentaban las protestas de los vecinos. Muchos tenían perros. Algunos insistían en criar gallinas en los balcones, cabras, eventualmente cerdos. Ninguno tenía hipopótamos. Un hipopótamo, aunque artista, asustaba a los residentes. Algunos, al verlo en el balcón, le tiraban piedras.

Pequeño Soba comprendió que había llegado el momento de ayudar a su amigo.

—¿Cuánto quieres por el apartamento? Yo necesito un buen apartamento, en el corazón de la capital. Tú necesitas una quinta, un espacio grande para criar al hipopótamo.

Papy Bolingô dudó:

—Estoy hace tantos años en este piso... Creo que le tomé afecto.

—¿Quinientos mil?

—¿Quinientos mil? ¿Quinientos mil qué?

—Yo te doy quinientos mil dólares por el apartamento. Con ese dinero te compras una buena quinta.

Papy Bolingô se rio, divertido. Después se fijó en el rostro serio de su amigo e interrumpió la carcajada. Se enderezó:

—Pensé que era una broma. ¿Tú tienes quinientos mil dólares?

—Eso y algunos millones más. Muchos millones. No te estoy haciendo ningún favor, creo que es una excelente inversión. Tu edificio está bastante degradado, pero con una buena pintura y ascensores nuevos recupera el encanto del tiempo de los colonos. En poco tiempo van a comenzar a aparecer compradores. Generales. Ministros. Gente con mucho más dinero que yo. Van a dar unas monedas para que las personas se vayan. Los que no se vayan por las buenas tendrán que irse por las malas.

Así fue como Pequeño Soba se quedó con el apartamento de Papy Bolingô.